

Introducción

Recientemente leí un artículo sobre un teólogo protestante que decidió pasar tres meses en un monasterio trapense. Después de ese período, él describe el impacto de su experiencia con estas palabras: «Soy un teólogo, pasé mi vida leyendo, enseñando, pensando, escribiendo sobre Dios. Pero necesito ser honesto: en realidad, nunca experimenté a Dios... No tengo conciencia de lo que realmente significa “presencia de Dios”.»¹

¿Es posible que alguien dedique toda su vida al estudio y al conocimiento de Dios, leyendo, pensando, escribiendo, enseñando, y no tenga ningún sentimiento de la presencia real de Dios? ¿Es posible que un cristiano tenga experiencias carismáticas con Dios y aun así no tenga ninguna relación personal con él? Para muchos, la respuesta a estas preguntas tal vez sería decir, simplemente, que tal persona no experimentó de hecho la salvación. Adquirió el conocimiento, vivió experiencias, pero no nació de nuevo, no se convirtió. Creo que tal respuesta, muy común entre nosotros, responde en parte a la pregunta. No obstante, todavía deja un gran vacío cuando se trata de personas que experimentaron una conversión real, que vivieron experiencias sinceras, y, en

¹ Citado por Robin Maas y Gabriel O'Donnell, *Spiritual Traditions for the Contemporary Church*, Abingdon Press, Nashville, 1990, p. 11.

situaciones nuevas y dramáticas, descubren que no conocen a Dios, o que su conocimiento y experiencias no responden en lo mínimo a los dilemas vividos. Las respuestas a esas preguntas, que involucran a cristianos sinceros y honestos, están en el centro de nuestra reflexión sobre el dilema espiritual que afecta no sólo a teólogos y profesores de Biblia sino también a laicos, en una dimensión más profunda y amplia.

¿Qué significa el conocimiento de Dios en nuestra experiencia personal y comunitaria? ¿Qué papel desempeña la teología en este conocimiento? En mi experiencia, tanto personal como pastoral, he observado que la información (dimensión cognitiva) o aun la acción (experiencia religiosa) no siempre determinan un encuentro personal con Dios. He notado que hoy más que en cualquier otra época muchos cristianos viven la paradoja de un activismo religioso incomparable y un vacío espiritual sin prece-dentes. En realidad, el activismo no es otra cosa que la máscara que cubre el vacío relacional. Entonces, ¿qué es lo que determina nuestro encuentro con Dios? ¿Será que la conversión implica el establecimiento de una relación personal automática con Dios? Para entender este dilema, tendremos que caminar por una vía de doble sentido. Por un lado tenemos nuestros fundamentos bíblicos y teológicos, sin los cuales uno pierde sus límites y fronteras. Por otro lado, tenemos que mirar nuestro corazón, la fuente de nuestros afectos y devociones, que es el lugar donde nacen nuestras relaciones íntimas y personales.

Este encuentro personal con Dios y el cultivo de esta relación son el tema central que envuelve nuestra fe y toda nuestra teología, y que aún permanece oscuro para muchos cristianos. Nuestra búsqueda de respuestas a este deseo latente en el alma de todo ser humano ha llevado a muchos a recorrer caminos que, a pesar de ser correctos en su

propuesta, no siempre llevan a donde, en efecto, deseamos ir. La relación personal e íntima con Dios es el asunto más elemental y al mismo tiempo el más profundo y misterioso en nuestra vida espiritual.

Éste es el tema que pretendemos tratar aquí. Sé que ya fueron escritos innumerables libros sobre esta materia y que posiblemente muchos se estén preguntando si alguien podría añadir algo nuevo. Verdaderamente, no pretendo presentar nada nuevo. Por el contrario, mi intención es rescatar un poco de nuestra historia, de aquello que fue dicho sobre un tema tan antiguo como la propia fe. Quisiera recuperar algunas de las tradiciones espirituales que contribuyeron mucho a la relación del ser humano con Dios e intentar crear puentes entre ese pasado y el presente. Nuestro abordaje procurará considerar también la realidad de la espiritualidad evangélica, la forma en que se vivencia en la iglesia y las influencias que el mundo moderno ejerce sobre ella.

La crisis que vivimos hoy en América Latina y en todo el mundo occidental es, a mi modo de ver, el resultado de la quiebra de una civilización científica y tecnocrática, que fracasó por no considerar la dimensión espiritual y relacional del ser humano. En parte, esta crisis que vivimos tiene sus raíces en la afectividad. Las transformaciones que la civilización moderna viene experimentando en estos últimos años han provocado cambios que, aunque muchas veces son imperceptibles, afectan profundamente nuestras estructuras comunitarias y relacionales. La competitividad se instaló en el ser humano moderno como un virus para el cual aún no se ha descubierto ningún antibiótico. Por el contrario, es alimentado por el individualismo y el consumismo, que se convirtieron en el pasaporte para la realización del ser humano.

Este fenómeno afecta también a la comunidad cristiana en la

forma de un nuevo modelo de espiritualidad que descompone y compromete el sentido de ser iglesia. Muchas iglesias viven hoy un clima de intensa competitividad, que las lleva a una permanente búsqueda de modelos litúrgicos alternativos, como si fuesen «marcas registradas». Así disputan su espacio en el mercado religioso. Innovar es necesario para competir, para mantenerse en el mercado. Hace poco escuché a un amigo involucrado en el mercado de la música religiosa sobre el interés de las grandes industrias discográficas en el segmento del mercado evangélico. Algunas empresas ya pensaron en contratar directores exclusivos para atender esta demanda. Por un lado, me alegro de la inserción de la música evangélica en el mercado secular, como forma de testimonio del amor de Dios, pero, por otro lado, me preocupa el espíritu empresarial de dicho mercado. El mismo amigo me dijo que las industrias fonográficas planean con más de un año de anticipación cual será el tipo de música que dominará el mercado. Esto quiere decir que en alguna oficina ciertos ejecutivos (muchos de ellos ni siquiera cristianos), con datos y encuestas en la mano, decidirán lo que a los cristianos les va a gustar o no en los próximos años. Y haremos esto pensando que es una «obra del Espíritu». Esto ilustra en parte el poder con que el espíritu moderno afecta a la iglesia y su espiritualidad. Es el mercado el que decide la agenda de la iglesia. La religión se está transformando en un producto más en la vitrina del vasto mercado de consumo. Está siendo reducida a una experiencia individual, utilitaria y desconectada, no sólo de la ética y de la moral, sino también del alma y del corazón del ser humano.

La influencia que ejercen estos nuevos hábitos y comportamientos sobre nosotros, nuestras relaciones y, particularmente, nuestra espiritualidad es incalculable. Hoy la persona vale más por lo que posee y puede ofrecer, que por aquello que es. Y la búsqueda por tener exige una opción por el poder, por la inde-

pendencia, por la autonomía. A partir del momento en que el tener define el ser, establecemos una nueva base para el significado de «persona», y esto compromete todo el universo relacional, incluso el espiritual.

El individualismo, asociado con otros fenómenos del mundo moderno, trae uno de los mayores desafíos a la espiritualidad cristiana; uno como jamás se ha visto. Es el reto del encuentro, de la relación, del descubrimiento del otro, no por lo que tiene o representa sino por quién es. Penetrar en este misterio que envuelve nuestras relaciones personales exigirá de nosotros una postura crítica respecto a lo que sucede a nuestro alrededor, para buscar los caminos que nos integren nuevamente en una relación que sea afectiva, íntima y personal.

Lo que hoy vemos es la confirmación de que el testimonio de aquel teólogo que pasó tres meses en un monasterio se está transformando en una realidad en casi todo el mundo protestante. Tal vez la gran dificultad que todos tenemos que reconocer es que no conseguimos vernos fuera del activismo religioso en que estamos insertos y que desarrolla un papel alienante. El activismo nos aliena de las relaciones personales al crear un mundo en el cual el hacer determina el significado del ser. Nos relacionamos con nuestro trabajo y con todo lo que gira en torno a él. Nos hacemos dependientes de la agitación de nuestros cultos y programas religiosos, que no reservan tiempo ni oportunidad para un encuentro con nuestra propia alma, nuestro propio corazón. No nos conocemos más, no sabemos quiénes somos, apenas percibimos lo que sabemos hacer. Cuando un cristiano moderno se arriesga a pasar tres meses en un monasterio trapense (los trapas se dedican al silencio, a la meditación y a la oración), la convivencia con el silencio le trae revelaciones sobre sí mismo que nunca tendría en medio de la agitación y el fervor de los cultos. Estas

revelaciones son fundamentales para la construcción de la espiritualidad.

Sabemos mucho sobre Dios, teología, misión, ética, moral, alabanza, pero sobre nuestra experiencia personal y afectiva con Dios, nuestro conocimiento es excesivamente pobre. Tal pobreza está limitada no sólo por la falta de conocimiento bíblico y por las influencias del mundo moderno sobre nuestra fe, sino también por la ausencia de una experiencia real de amor y aceptación que muchos de nosotros jamás tuvimos en la vida. Hace poco tiempo, conversando con un amigo sobre nuestra experiencia afectiva con Dios escuche de él la siguiente respuesta: «No puedo decir que amo a Dios. Verdaderamente no sé lo que significa amor, nunca tuve una experiencia real de amor, no sé lo que esto significa.» Fue una respuesta honesta y valiente. Lo que está en juego en esta afirmación no es el conocimiento cognitivo de Dios ni tampoco la seguridad de su salvación, sino el lugar del corazón y el afecto en la relación personal con Dios. El conflicto presentado por mi amigo revela algo más profundo. Una limitación afectiva que normalmente es sustituida por actividades o experiencias que nos engañan y cambian el centro de nuestra espiritualidad. Este tipo de conflicto puede representar muy bien la realidad de muchos cristianos de hoy, en escala y nivel variados. El hecho es que las experiencias negativas que cargamos desde nuestra infancia, las heridas relacionales construidas a lo largo de nuestra vida, las carencias emocionales y afectivas que todos tenemos, y que están presentes en nuestro mundo interior, determinan nuestras relaciones tanto con las personas como con Dios.

Si miramos nuestra vida de oración, podremos constatar sin gran dificultad lo que digo. Para muchos de nosotros, la oración es el aspecto de la vida cristiana en el que siempre nos encon-

tramos en falta. No obstante, el cultivo de la oración como apenas una amistad con Dios, por el simple placer de estar en su presencia y gozar de su compañía, es una experiencia un tanto rara para muchos cristianos, porque simplemente no sabemos lo que significa amistad. Es bastante raro encontrar a alguien que haya tenido una verdadera experiencia de amistad. Mi iglesia es relativamente pequeña y siempre consideré que su punto fuerte era la amistad y las relaciones personales. Sin embargo, no es tan así. Recientemente hicimos una investigación en la que pudimos constatar que muchos se sienten solitarios. Frecuentemente estamos juntos y tenemos muchos programas de convivencia, pero el cultivo de amistades íntimas y profundas no es tan común como me parecía. Esto revela la fragilidad de nuestra amistad con Dios.² Cuando veo personas orando y haciendo afirmaciones del tipo «yo ordeno», «yo reivindico», o incluso «yo exijo» me pongo a pensar qué tipo de amistad están construyendo con Dios, o qué imagen de Dios tienen estas personas en mente cuando oran.

La lógica, la razón, la ciencia y aun la experiencia no determinan *a priori* un encuentro personal con Dios. Podemos ser maestros en divinidad, doctores en teología, líderes carismáticos y aun así llegar a la misma conclusión del vacío espiritual experimentado por muchos cristianos a lo largo de la historia.

Este libro es la coletánea de cinco ensayos sobre espiritualidad que escribí para diferentes situaciones. Dos de ellos ya fueron publicados por la revista *Comunicarte*: «Redescubrir al Padre» («*Redescoberta do Pai*») salió en el libro que registra las ponencias presentadas en el congreso de

² Ver James Houston, *Orar com Deus*, ABBA Press, San Pablo, 1994. Este autor aborda la oración como una relación de amistad con Dios que transforma el carácter humano.

la AEVB (Asociación Evangélica Brasileira). «La comunión por la confesión» salió como un pequeño libro bajo el título *Comunhao pela Confissao*. En el presente libro ambos sufrieron algunos cambios y adicio-nes. Los otros tres capítulos son publicados aquí por primera vez. Todos ellos abordan el mismo tema de la espiritualidad cristiana. En mi opinión, estos cinco textos constituyen un camino para la reflexión y la construcción tanto de la experiencia espiritual como de su teología.

El primer capítulo trata de la experiencia vivida por Job, quien constituye un paradigma para nuestra experiencia espiritual y humana. Job representa un modelo de encuentro con Dios que define, de cierta manera, la naturaleza de nuestro encuentro y relación con Dios. El segundo capítulo es una tentativa de abor-dar el tema de la Trinidad desde la perspectiva de su contribución para la vida espiritual. Para muchos cristianos modernos, la Trinidad no tiene nada que contribuir a las situaciones que envuelven nuestro diario vivir, pues se trata de un tema complejo, abstracto y sin ninguna relevancia para la espiritualidad. Buscaré mostrar no sólo su importancia sino también su carácter central para el cristianismo. El tercer capítulo aborda la contribución de los padres del desierto y del movimiento monástico para la espiritualidad contemporánea. Lamentablemente, para muchos evangélicos el cristianismo saltó del siglo 1 al siglo 16, y todo lo que sucedió en el período que abarca desde el siglo 2 al siglo 15 no tiene nada qué contribuir a la fe cristiana. Sin embargo, uno de los períodos más fértiles de la espiritualidad cristiana se encuentra en la contribución de los padres del desierto, quienes con sinceridad e integridad de corazón buscaban un encuentro verdadero con Dios. El cuarto capítulo busca rescatar el carácter central del Padre en la espiritualidad del Hijo. Delante de la orfandad alienante que el hombre moderno enfrenta, sin duda alguna, el redescubrimiento del Padre en la vida del Hijo

repre-senta uno de los grandes desafíos para la espiritualidad y misión de la iglesia. Finalmente, abordaré el olvidado tema de la confe-sión, como un camino para la amistad, la comunión y la libertad.

Mi esperanza es que la meditación en estos temas produzca un despertar para recuperar la dimensión relacional de la teología y de la vida cristianas. «Amar a Dios y al prójimo como a nosotros mismos» constituye, según las palabras de Jesús, toda la ley y los profetas.